

EL SIGLO FUTURO

DIARIO CATÓLICO

PRECIOS DE SUSCRICION: Edición grande: en Madrid, 12 rs. un mes.—En provincias, un trimestre, 40 rs., remitidos á esta Administración en libranzas del Giro mútuo ó en sellos de comunicaciones. Este último medio está expuesto á extravío sin certificado. En las Islas de Puerto-Rico, Cuba y Filipinas, satisfaciéndolo en casa de nuestros corresponsales en la Habana, Puerto-Rico y Manila, un trimestre 80 rs. En el extranjero, un trimestre 20 francos. Números sueltos en la Administración, 1 real

PUNTOS DE SUSCRICION: Administración en Madrid, calle del Almirante, 2 triplicado, primero derecha y en las principales librerías de la capital. En provincias, en las principales librerías que son nuestros corresponsales. En Puerto-Rico, D. Celestino Díaz. En Manila, D. Gervasio Memije, regente de la imprenta de Santo Tomás. En Cuba, D. José María Corrales Bernaza, 60, Habana.

Para los anuncios de la Península y extranjeros, la Sociedad General de Anuncios de España, Príncipe, 27, Madrid.

MONOGRAMA DEL DULCE NOMBRE DE JESUS.

Habían logrado, al fin, los judíos hacer verdaderamente inefable el santo nombre de *Jehová* ó *Yahveh* con ciertos escrúpulos que todavía acometen de ordinario á algunos judaizantes, tan amigos de la letra que mata, como enemigos del espíritu que vivifica. Bien otra fué la suerte que reservó la Providencia al nombre dulce y sabroso de nuestro divino Redentor Jesús: ó digamos, pues así es la verdad, á los dos nombres suyos, el uno propio y el otro apelativo, con que ya le distinguía el Apóstol y Evangelista San Mateo en aquella expresiva fórmula de Jesús, *á quien dicen Cristo* (I, 16).

Debió tal vez á esta circunstancia y soberana apelación, ó ella parece, cuando menos, un argumento visible de la causa porque los primeros fieles no se llamaron *Jesús*, por ejemplo, del nombre de Jesús, como se pudieran muy bien llamar, sino precisamente *Cristianos*, al modo que lo cuenta San Lucas en los *Hechos de los Apóstoles* (XI, 26). No sabemos, sin embargo, que el nombre mismo de *Cristo* sirviera de emblema ó símbolo de cristianidad hasta la época de Constantino, quien, á poco de su conversión, mandó emplearlo hasta en las banderas y medallas del Imperio como recuerdo gloriosísimo de sus victorias.

El signo de la X, que se halla con frecuencia en monumentos anteriores, más que siglo ó inicial, como vulgarmente se cree, del nombre de Cristo (ΧΡΙΣΤΟΣ en griego), se nos figura procedencia de aspar la cruz griega, cuadrada ó equilateral simple +, la cual, no menos que la *cuneforme* X y la *gammala* ó cruz de Gaze, se usó ya de muy antiguo, hasta entre los gentiles, por cierto signo y emblema de salud. Otros piensan que representaba la primitiva *lha* hebrea que, así letra como nombre, vale por *señal ó signo* en general; y de ahí, añaden, el especial de nuestra redención entre los cristianos, con la coincidencia notabilísima de asemejarse al propio tiempo á la cruz, verdadero signo ó instrumento de la redención del mundo. La sobreposición de la P á la +, cuyo conjunto se dice *cruz monogramática*, pudo haberse originado de que entre los griegos la P, con su valor numérico de 100, denotaba simbólicamente y equivalentemente *protección*, es decir, *βοηθεια* (*boheia*); pero después, cuando se difundió el uso de la X, y áun se la consideró más adelante como *sigla* de ΧΡΙΣΤΟΣ, interpretóse el monograma *Cristo es nuestra protección*, el único y amoroso protector de los afligidos cristianos.

Érase en efecto; mas, no sólo por *Cristo*, nombre de gracia, según la piadosa consideración de los Santos Padres, sino también, y áun más, si cabe, por *Jesús*, nombre, dicen, de gloria y eterna bienaventuranza: nombre, añadiremos nosotros, de salvación y consuelo, nombre de esfuerzo y triunfo, el que más debía sostener la fe y alentar el pecho y el valor de aquellos primeros héroes del cristianismo.

¡Cosa singular, y harto misteriosa para quien recorre con devoción y espacio los sagrados libros del Evangelio! Allí *Cristo* es el gran profeta (Luc. III, 15; Ju. 1, 20, 25; III, 28), el Mesías (Ju. 1, 41; IV, 25; VII, 41, 42; X, 24; XI, 27), el Hijo del Altísimo (Mat. XXVI, 63; Marc. XIV, 61), el Rey de Israel y elegido de Dios (Mat. XXVI, 68 [XXVII, 42]; Marc. XV, 32; Luc. XXIII, 35), el Hijo y heredero de David, el desecado de las naciones (Marc. XII, 35—37; Luc. XX, 41—44): todo es grandioso, régio, celestial cuanto se refiere allí de Jesús bajo el nombre de *Cristo*, bien proceda de sus augustos lábios, bien del humilde reconocimiento de su precursor y del príncipe de su Iglesia, bien de la hipocresía del perjurio Caifás ó la malicia de los fariseos ó las ansias del ladrón que reniega en la cruz, bien de la forzada confesión y servidumbre de los mismos espíritus infernales.

Verdad es que áun éstos le dan nombre de *Jesús*, pero será para apellidarle *Nazareno* y celebrarle solamente como á compasivo curador de las llagas que causan ellos á la humanidad (Marc. I, 24; Luc. IV, 34), como también le aclaman las gentes que experimentan su compasión y misericordia (Marc. X, 47; Luc. XVIII, 37): es el mismo *Jesús Nazareno* á quien buscan los sayones que lo han de prender (Ju. XVIII, 5, 7), á quien desprecia la vil zarzuela que viene á Pedro (Mat. XXVI, 71), de quien llegan á desconfiar los llorosos discípulos de Emmaus (Luc. XXIV, 19); el mismo á quien ni siquiera el ángel que baja del cielo para consolar á las devotas mujeres, se atreve á nombrarle sino con el epíteto de *crucificado* (Marc. XVI, 6); el mismo, por fin, de quien hasta San Juan, el discípulo amado, tiene que relatar por mundos los milagros que siguieron á su resurrección, para que sepamos, dice, que, después de todo, *Jesús es Cristo Hijo de Dios: y creyendo así, alcanzemos la vida de nuestras almas en el nombre de Jesús* (XX, 31).

Para entender bien la fuerza de esta frase y penetrar el misterio que encierra, no olvidemos que *Jesús* es nombre de *Salvador* (Mat. I, 21), del médico y ministro celestial que nos reconcilió en el cuerpo de su carne para hacernos santos y sin mancha ó irreprochables delante de Dios, según la doctrina de San Pablo, exhortándonos y dándonos ejemplo para que suplamos en los nuestros lo que falta de sus adiciones (Colos. I, 23, 24). No se hizo sino con altísima providencia del cielo el que se grabara con sangre el nombre de *Jesús* en el cuerpo inocente, virginal de nuestro divino Redentor (Luc. II, 21), ni fué menor providencia el que el título manchado en la sangre de un Dios que muere en cruz, en medio de dos ladrones, siendo la burla de un pueblo salvaje que se honra con tamaño crimen, llevara también el lema de *Jesús*

Nazareno, Rey de los Judíos (Ju. XIX, 19). ¡Lema sacrosanto! ¡Título donde se contiene la historia de la redención del mundo! Epigrafe glorioso é inscripción primera, la más admirable y magnífica de la era de salud, y que no debiera faltar como su mayor adorno al frente de ninguna epigrafiada cristiana!

Esto supuesto, volvamos ahora los ojos á los primeros discípulos del Señor, y fijémoslos en la época en que vivieron de rudos combates hasta la paz de Constantino: época de luchas horribles, sangrientas, en que tanto es más segura la vida y más gloriosa la victoria, cuanto con más sumisión y prontitud se ofrece el pecho al puñal del enemigo. Tiempo vendrá en que quiera Dios que venamos con la señal de *Cristo*, del rey eterno y señor de los ejércitos; pero por entonces sólo quiere que se venza con la señal de *Jesús*, del salvador del mundo, del figurado Isaac que, cual manso cordero, se entrega gustoso al corte de la cuchilla, para ganarnos con su muerte preciosa la vida que nunca se acaba.

Imposible, por tanto, áun el imaginarse que pudieran olvidar tan consoladora señal; imposible que pudieran prescindir los primitivos cristianos, los hijos del martirio, de mantener entre los símbolos de su fe y su esperanza el nombre propio y sin segundo de su divino Jesús, de quien, abriéndoles con la una mano la puerta del cielo, les muestra con la otra el camino por donde se sube á él y se alcanza el camino de las persecuciones y los tormentos, de las agonías y la muerte. Y, en efecto, ya en los primeros siglos de la Iglesia descúbrense formado y engrandecido el misterioso trigramma de IHP, es decir, *Jesús es nuestra protección*, por equivalencia ó *isopsefa*, como la llaman los griegos: y á su lado, el otro tan expresivo de IHT, *Jesús es nuestro lazo, nuestro signo*, el lema de nuestra bandera y blason de nuestras glorias. Creemos no andar errados al añadir que uno y otro son anteriores al de XP, bien separado, como ya de muy antiguo se le ve, bien unido monogramáticamente, constituyendo así el célebre *crismón* bajo sus diversas formas y modificaciones.

En cambio desaparecieron también ántes del uso de los cristianos; y, gracias á la victoria de Constantino, puede asegurarse que el *crismón*, ya simple, ya compuesto, fué el que casi únicamente se grabó en las lápidas sepulcrales y demás inscripciones religiosas, desde la paz de la Iglesia, como signo propio y distintivo de su origen cristiano. Poco á poco llegó también á oscurecerse ó inutilizarse el monograma en estrella, que algunos tienen por nexo de I y X, esto es, IHSOTX; ni comenzó su decadencia hasta el siglo XIV, en que vemos al glorioso emblema escasear más y más con los años, cediendo al fin la palma á otro no menos glorioso, para resucitar posteriormente en monumentos de pura imitación, que tienden á restablecer la moda más que la conveniencia antigua.

Ya para entonces, quizá desde la misma era constantiniana, se le reputó verdadera sigla del nombre griego de Cristo; y de esa opinión comúnmente admitida nació sin duda la costumbre, ya en el siglo IV, entre los alejandrinos, de completarlo con nuevas letras que determinaran el caso de su declinación como de nombre usual y escrito, al parecer, en abreviatura.

De ahí el que poco después, dentro todavía del mismo siglo IV, hallémos á su imitación hasta en ódicos y monumentos latinos las formas híbridas de XPS, XPI, XPO, XPM y XPE con preferencia, lo que es muy de advertir, á CHS ó CHPS y demás correspondientes. Tampoco tienen otro origen luego nuestros irracionales nexos de *Xp̄s* (*Cristo*) *Xp̄iano* (*Cristiano*) y *Xp̄obal* (*Cristobal*), procedentes de no haber reparado en que la P, entre los griegos no suena como la P, sino como la R latina y española. Pero vaya lo irracional por lo primitivo y simbólico; y acabemos este incidente con la advertencia de que son contemporáneas entre los mismos latinos á las formas ya apuntadas del nombre de *Cristo*, las de IHS, IHV, IHM, según los diversos casos del nombre de *Jesús*, y áun la antigramatical de IHVXPS, al modo de nuestro *Jesucristo*, en vez de *Jesús Cristo* ó, á lo sumo, *Jesús Cristo*, como escribían nuestros padres.

Hemos dicho que del siglo XIV data la decadencia del *crismón* con sus diversas formas, y ya en el siguiente le vemos sustituido por otro símbolo no menos sacrosanto, conviene á saber, por el que vulgarmente llamamos también monograma, pero en realidad es *trigramma* ó *trigramal* del dulce nombre de Jesús. Gravísimas hubieron de ser las razones de esta sustitución y mudanza, mas no han llegado á nuestra noticia: nosotros á lo menos no las conocemos, ni nos parece necesario perder el tiempo en quererlas adivinar por conjeturas. Bastennos con repetir y tener por cierto que, si bien naturalísimo y grandemente consolador, no se vulgarizó hasta fines de la Edad Media el uso de este divino talisman, ni se puso hasta algo más tarde en práctica la devoción de servirse de él como de emblema é insignia particular, ya con todas sus letras, ya en la forma simbólica y abreviada con que hoy le veneramos.

Lo común, sin embargo, es atribuir su origen é introducción á los primeros Jesuatos, cuya orden fundó San Juan Colombini de Sena, que falleció á 31 de Julio de 1387. Mas, no consta que el santo fundador ni sus compañeros le adoptaran para blason de su orden, á pesar de lo que escriben algunos historiadores, ni áun siquiera que se valiesen de él en su predicación por los mismos pueblos que los honraron con el glorioso nombre que les quedó mientras subsistieron. Tenían ellos costumbre de repetir con frecuencia las entusiastas aclamaciones de *Viva Jesús! ¡Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo!* y otras análogas. De ahí el que,

al verlos las gentes, se dijera como apuntando los con el dedo: *He aquí los Jesuatos*, los que no saben pronunciar sino el nombre de Jesús. Tal vez estas cuadrara mejor el de *Jesuitas*, por el motivo que arriba se indicó y después declararemos á otro propósito; pero, bien ó mal puesto, aceptaron gustosos el apellido de Jesuatos: siendo esa circunstancia, con la causa de su imposición, el único fundamento de los artistas para dar á Colombini y sus compañeros el lema característico de IHS.

También es invención de los artistas representar el monograma de Jesús en las enredosas medallas que dicen de San Benito (+ 21 de Marzo de 480); como igualmente en una tablita que ponen en la mano de Santa Mónica (+ 4 de Mayo de 387), en un adorno pegado á la pintura de San Frumencio, gran apóstol de Abisinia (+ 27 de Octubre de 360?), y áun en el corazón de San Ignacio de Antioquia (+ 1.º de Febrero de 1087). Todas estas representaciones no tienen otro principio ni autoridad que el de un simbolismo piadoso ó el de una tradición histórica más ó menos admisible.

Ardua en deseos de ser devorado por los leones el invicto mártir Ignacio, y áun había afirmado en presencia del emperador y los verdugos que llevaba á Jesús en su corazón: esto bastó para que, según la leyenda, hubiese de hallarse grabado en él con letras de oro el nombre de aquel Señor por cuyo amor se ofrecía á la muerte. Todavía dió un paso más nuestro terrible Españolito. Tuvo que pintar el martirio del fervoroso confesor de la fe, echado á los leones para que le despedazaran: pues hizo, con una invención tan valiente como ingeniosa, que uno de los leones le desgarrara el pecho, y que dentro en él se pareciera por las heridas al corazón con el sagrado monograma de IHS. ¡Cuadro esencialmente poético, en que no sabemos qué admirar más, si lo formidable de la escena, que en efecto causa pavor á quien lo ve de prisa, ó la serenidad del anciano mártir, que pone envidia á quien lo contempla despacio! Pero ya no es nuestro ese cuadro de inestimable valor: encargáse de llevarlo á tierra extranjera el mariscal Souto como trofeo de sus rapinas. Pasémos á las demás pinturas.

La del monograma de Jesús en los cuadros de San Frumencio, tampoco es más que una piadosa invención de los artistas para significar que fué escogido por Dios, como en efecto lo fué, el apostólico misionero y consagrado por San Atanasio para llevar á lejanas tierras el nombre de Jesús. El monograma de las pinturas de Santa Mónica, madre de San Agustín, sólo denota haber sido ella quien inspiró ó mereció á su hijo el amor de Nuestro Señor Jesucristo. El de las medallas de San Benito es una abaladura postiza, quizá del siglo XVI, así en las mayores, en que se lo ve simple, IHS, entre el cordón y el canto, como en las menores, donde se le graba en el centro con la cruz sobrepuesta, y debajo tres clavos, con más ó menos estrellas en las partes superior é inferior que, más que simbolismos de religión, parecen de otra cosa.

Como quiera, todos estos monogramas son muy modernos, posteriores, se nos figura, todos ellos al que también se ha puesto alguna vez en el pecho del B. Enrique Susor ó Süsssen (+ 25 de Enero de 1315) para representar su gran amor á Jesucristo; y áun al que tal vez acompañe á San Vicente Ferrer (+ 5 de Abril de 1419), como á tan gran apóstol y predicador del nombre de Jesús. ¡Cosa singular, que á ningún artista se le ocurriera dibujarlo en los labios ó bajo la pluma de San Bernardo, el inspirado cantor de los dulcísimo nombre; ni en las imágenes de varios otros que tan bien merecieron esta gloriosa distinción, empezando por el incansable apóstol de las gentes, San Pablo! Ciertamente es que tampoco hubiera sido para nosotros esa circunstancia más que un nuevo ejemplo de la libertad que les concede su arte; y de ella hicieron gran uso en otras representaciones análogas. Donde puede decirse que no hicieron tanto, sino que siguieron la historia, fué en las pinturas de San Bernardino Albezchi, de Sena.

De él hacen datar algunos historiadores áun la devoción misma al nombre de Jesús; pero éste es, cuando menos, inexacto. La devoción al nombre adorable de nuestro divino Salvador es cosa más antigua en la Iglesia, practicada en privado desde el primer siglo de su constitución, recomendada fervientemente por los Santos Padres hasta San Bernardo, el último en la serie como el más resuelto en proferirla, y hecha ya vulgar en el siglo XIV por San Juan Colombini y los Jesuatos. Lo que data de San Bernardino es cierta forma particular, más solemne y de ántes no tan conocida en que se adornaba á que fuese adorado el nombre de Jesús: en especial, la costumbre é invención de representarlo en una tablita con el mismo nexo ó abreviatura de trigramma que hoy vulgarmente se usa entre nosotros, pero escrito con letras de oro y esparciendo rayos como el sol por todas partes.

La causa de su piadosa invención parece haber sido el quererle oponer aquel gran colador de la gloria divina á la mala costumbre, y comunísima en su tiempo, de jurar sin respeto ni necesidad á cala paso por el augusto nombre de Jesús. Lo cierto es que él no predicaba sermones en que no tronase contra abuso tan repugnante y sacrilego: áun solía en lo más fervoroso de la plática mostrar, como hoy se hace con el Santo Cristo, la tablita del Santo Nombre, exhortando al pueblo á su veneración y propósito firme de no pronunciarlo sino con el mayor acatamiento.

Mas ocurrió que algunos envidiosos se disgustaran de tan oportuno arbitrio y manera tan propia de introducir por los ojos á la gente sencilla lo digno que es de aprecio y culto hasta el nom-

bre mismo de nuestro adorable Salvador: y, no contentos con infamar al celoso misionero más de una vez delante de sus mismos oyentes, acusándole por fin á Martino V de peligroso novador, y poco menos que fautor de idolatría. Sobresaltado el Pontífice con el aviso, y temeroso de que á la sombra de una devoción, tanta si de sígo, pero todavía no bien examinada en su práctica, pudiera ocultarse un error pernicioso á la verdad católica, mandó llamar á San Bernardino; y, dándole parte de las quejas que contra él tenía, le ordenó que hasta nuevo mandato se abstuviera de representar su tablita en público á los fieles. Ejecutólo así desde aquel mismo día el obediente predicador, mas no sin advertir al Pontífice que se sirviera de examinar con toda diligencia si era reprochable ó no, antes bien en sumo grado provechosa su costumbre, y utilizara para promover entre los cristianos la devoción á la persona misma cuyo era aquel nombre glorioso.

Quiso Martino V que sobre ello hubiese una disputa pública en su presencia, donde se ventilara el punto con la mayor escrupulosidad, y que no faltaran á ella los enemigos de Bernardino. A éste le asistían también en su defensa varios hermanos suyos de religión, y con más empeño que nadie San Juan de Capistrano, varón bien conocido ya entonces en toda la cristiandad por su celo apostólico y la pureza de su doctrina. El resultado de la disputa fué el que no podía menos de ser: quedase sin palabra y corridos los acusadores del humilde franciscano, y asegurado el Pontífice de que debía retractar su orden pasada, y áun bendecir y proteger con todas sus gracias el uso de la tablita del Santo Nombre.

Añaden algunos que contribuyó no poco á esta victoria el que, predicando Bernardino en Roma el mismo día de la disputa á la mañana, delante de una gran muchedumbre, las alabanzas del nombre de Jesús, le vieron todos sobre la cabeza del predicador, escrito en la misma forma que él lo había dibujado en su tablita, con letras de oro y rayos de una luz deslumbradora: milagro evidente, si así fué, de que no tardó en tener noticia el Pontífice á tiempo que se hallaba más perplejo sobre la determinación que debía luego tomar en negocio tan delicado. Sea histórico, sea legendario lo de la maravillosa aparición, lo cierto é indudable es que el Sumo Pontífice aprobó en juicio contradictorio la tablita y pintura del monograma, lo cual basta y sobra á nuestro propósito, como bastó y sobró para el fin de la disputa.

Plácenos, sin embargo, referir aquí un hecho en su confirmación, demasiado curioso, aunque tan sabido, para que lo omitamos. Predicaba San Bernardino á 5 de Marzo de 1423 delante de una Iglesia de cierta ciudad populosa de Italia, contra los juegos de azar, origen de tantas blasfemias y juramentos que él perseguía de muerte en sus sermones. Tal debió ser la energía con que esta vez los condenaba que, sin aguardar apenas la gente á que bajara del pulpito el ardiente predicador, corren todos á sus casas y vuelven presurosos con sus naipes, dados y tableros; y haciendo un gran montón de ellos, los pegan fuego en la plaza, obligándose al propio tiempo con juramento y voto expreso los jugadores á abandonar para siempre su maldito ejercicio. De aquí resultó la ruina de un oficial, entre otros, que se dedicaba á ganar la vida haciendo cartas y piezas conagradas á aquella diversion tan necia como peligrosa. Tan mal parado hubo de verse el infeliz, que una vez se resolvió á acudir en són de queja á quien sabía ser la causa de su desventura y de que se le murieran de hambre los hijos por el mal despacho de su comercio. Oída con paciencia la imprudente plática del oficial, y áun los improprios contra el santo varón, preguntó éste, sonriéndose, si no sabía otro oficio que aquél en que trataba. Respondiéndole de no, secamente, el hombre despedido, tomó el Santo una tablita que allí acaso pareció: dibujó en ella su célebre monograma de IHS; besólo con devoción, y díselo al oficial, apuntándole al oído entre amoroso y grave: «Pues, ya que no sabes otra cosa, tened, hermano, esa figura, y dáos á labrar tablillas donde la reproduzcáis con buena gracia: que yo os prometo de parte de Dios que habréis más ganancia en ello que en las vanidades en que hasta ahora habéis malgastado vuestra habilidad». Tornó á casa el oficial con su modelo, y siguió el consejo del santo pintor, saliendo tan ciertas sus promesas, que á las pocas semanas hizo una gran fortuna con su nuevo empleo, merced á la mano de Dios y á la devoción de los fieles que sólo pensaban ya en hacerse con tablillas del dulce nombre de Jesús. ¡Tan ilanos son los medios de que, por lo regular, se vale la Providencia para el logro de sus más altas disposiciones! Por ellos y otros parecidos, que sería largo referir, consiguió ahora la suave introducción y sostenimiento de una práctica que, pocos años había áun, se tachaba de novedad peligrosa: y pudo gloriarla con razón San Bernardino de Sena, de que ántes de su muerte, ocurrida á 20 de Mayo de 1444, no existiera pueblo en Italia que no la hubiese adoptado y áun festejado públicamente en más de una ocasión.

Ya para entonces habíanse encargado también de extenderla por otras partes varios hermanos suyos de hábito, distinguiéndose entre todos su defensor Juan de Capistrano (+ 23 de Octubre de 1456) y Santiago de la Marca (+ 28 de Noviembre de 1479). Verdad es que las victorias de estos fervorosos misioneros se alcanzaron especialmente en las regiones de Bosnia, Polonia, Bohemia, Austria y demás no lejanas de allí; pero no tardaron, gracias á nuevos apóstoles de la Orden Seráfica, en continuarse también por Francia y España: tanto, que en esta última sobre todo hallamos ya muy difundida la piadosa costumbre de las tablillas del *no me*, á fines del mismo siglo,

el exímio fundador de la Compañía de Jesús. Y más usada quizá que en ningún otro país la de encabezar con el santo monograma hasta las cartas, escrituras y papeles de todo género. Algunos, muchos hemos visto de ellos que tocan más á la primera que á la segunda mitad del siglo XV, y donde se muestra como de obligación el nuevo emblema. Sólo que entre nosotros parece haberse admitido ya en los principios bajo la forma inexacta y áun falsa de *tha, ihes ó ihus*, origen de una disputa casi inútil después de lo que llevamos expuesto, pero que importa recordar aquí para la buena inteligencia del cuestionado monograma.

Créese comunmente, y nos parece muy creíble, que ya el mismo San Bernardino sirviera en sus tablillas, no de los caracteres mayúsculos romanos IHS, sino de los góticos, para la representación del nombre de Jesús: de aquí nuestro *ihes* en letras minúsculas; y de ahí la dificultad de lo que ellas significan y del modo como deben leerse.

Algunos, más ingeniosos y sutiles que versados en la antigüedad, supusieron en el signo la unión de tres letras iniciales de otras tantas palabras i. h. s.

(Se continuará.)

LA GRANDE BIBLIOTHECA DE ARA-COELI.

La más preciosa quizás de la orden franciscana, ha dejado de existir. Después de haber quedado por espacio de mas de diez años sellada, fué á últimos de Junio trasportada á la Biblioteca nacional de Víctor Manuel. Nuestros Padres franciscanos han visto con los ojos arrasados en lágrimas por espacio de ocho días desfilar las conductoras de muebles cargadas de enormes cajas llenas de libros.

El Senado italiano, en la sesión del 5 de Julio volvió á ocuparse del monumento que trata de erigirse en el local que ocupa el convento de Ara-coeli. Movido de un sentimiento de justicia y de respeto por las tradiciones religiosas é históricas, un senador intentó por medio de una interpelección salvar aquel convento y su torre, antigua residencia de los Sumos Pontífices, y actualmente del ministro general. M. Depretis, presidente del Consejo de ministros, le contestó diciendo que la elección del lugar para la erección del monumento era *definitiva é irrevocable*. Tememos, pues, que dentro de poco, la piqueta demolidora echará por tierra los muros, más de diez veces seculares, de ese convento, donde tantas generaciones de los hijos de Benito, primero, y después de los frailes Menores han caudado las alabanzas del Señor y el triunfo de la Iglesia sobre el paganismo. Con estos muros desaparecerán las celdas que habitaban algunos ilustres Santos, que son la gloria de la Italia y de la Iglesia, como San Bernardino de Sena, San Juan de Capistrano, San Diego. Estas celdas embalsamadas con tantas virtudes y convertidas en santuarios, serán arrasadas. La Iglesia de Ara-coeli quedará en pie; pero la capilla del *Sacro-Bambino*, conocida de todo el mundo, está también comprendida en la obra de destrucción. Así es como los liberales entienden la libertad y respetan las tradiciones religiosas.

PAGOS.—*Dirección de la Caja de Depósitos*.—Esta dirección ha acordado los pagos que se expresan á continuación para el día 2 de Enero próximo, de diez á dos de la tarde:

INTERESES DE LOS DEPÓSITOS NECESARIOS EN METÁLICO PROCEDENTES DE LA TERCERA PARTE DEL 80 POR 100 DE PROPIOS.

Segundo semestre de 1876, carpeta núm. 4,383 de subalimento.

Primer semestre de 1877, carpeta núm. 4,208 de id.

Segundo semestre de 1877, carpeta núm. 4,086 de id.

Primer y segundo semestres de 1878, carpeta núm. 4,057 de id.

Primer semestre de 1879, carpetas números 4,025 y 26 de id.

Segundo semestre de 1879, carpetas números 3,920 y 21 de id.

Primer semestre de 1880, carpetas números 3,742 y 43 de id.

Segundo semestre de 1880, carpetas números 3,618 y 22 de id.

Primer semestre de 1881, carpetas números 3,484 y 87 de id.

Segundo semestre de 1881, carpetas números 3,504 y 8 de id.

Primer semestre de 1882, carpetas números 3,351 y 55 de id.

Segundo semestre de 1882, carpetas números 3,163 y 67 de id.

Primer semestre de 1883, carpetas números 2,717 y 34 de id.

Dirección de la Deuda.—Esta dirección ha dispuesto que por la tesorería de la misma se satisfagan en la próxima semana, y horas designadas al efecto los intereses de la deuda pública y demás obligaciones que á continuación se expresan y que se entregará los valores siguientes:

Día 2 de Enero.—Pago de intereses de acciones de obr. s. públicas y carreteras de 34 millones correspondientes al semestre de 1.º de Enero de 1884, todas las *pagas* recibidas hasta la fecha.

Día 3.—Pago de títulos de Deuda perpetua al 4 por 100 interior, procedente de conversión de títulos de liquidación, carpetas números 3,604 y 3,639.

Lo llamado y no recogido por igual concepto por conversión del 3 por 100 y ferro-carreles y canje de providencias de Deuda interior y exterior é inscripciones no cancelativas.

Día 4.—Pago de intereses de inscripciones, carreteras y obras públicas del semestre de 1.º de Julio del corriente año y anteriores, y de carreteras de 55 y 29 millones, vencimientos de Agosto y Octubre últimos, facturas presentadas y corrientes.

Día 5.—Pago de intereses de todas clases de Deuda, del semestre de 1.º de Julio de 1882 y anteriores, atrasos de 1.º de Ju de 1874 y reembolsos de títulos del 2 por 100 amortizados en los sorteos de Junio del año actual y anteriores.

EL SIGLO FUTURO

MADRID, 31 DE DICIEMBRE DE 1883.

EL EMBROLLO.

(Entradas de año.)

I.

¿Qué es de ti, Demócrito risueño? Tu carcajada última resonó al abrirse las primeras flores en el pasado Abril, a la sombra de las místicas columnas de *La Unión*, preguntando regocijado: ¿Dónde irá el bucy que no are?— ¿Dónde?—te contestó al momento:—Entre las gentes que rinden culto al becerro de oro, el bucy ni ara ni sufre, ni se ocupa más que en pacer y dormir.

Y es el caso que desde entonces no he vuelto a saber de ti. Pasó la primavera sin que tu risa llegase otra vez a mis oídos; no la oí tampoco en el verano; llegó el otoño y continuó el silencio. Casi me había olvidado de tu característica alegría, cuando el conde de Canga-Argüelles me la hizo recordar de pronto, con sus *Notas a una historia*... a la historia de la peregrinación fracasada.

Ni por tu cuenta, ni por la mía, corre esa historia, que las notas han venido a confirmar, queriendo desmentirla. Otras son las cuentas de mi llanto y tu risa que me obliga a ajustar el buen conde, denunciando, con su habilidad de siempre, el embrollo, y embrollo funestísimo, que mientras no desaparezca ha de seguir siendo, como lo fué desde su origen, causa eficiente de la situación deplorable, causa eficiente de la situación deplorable, causa eficiente de la situación deplorable.

Eso era precisamente lo que yo quería decirte en Abril, y no me atreví, sin embargo; y lo que puedo decir ahora que el conde de Canga-Argüelles se refiere a palabras, que no por salir de autorizadísimo labios tuvieron nunca alcance para penetrar en el campo de la intranquilidad, donde se agitan unos católicos que no ven, que no oyen, que no se mueven sino a impulso de jefes encargados de alimentar pasiones, irritadas por la denuncia incesante de sonados peligros, que corre un partido político, cuya existencia amenaza traidores, apóstatas, masones y mestizos.

Y como ves, Demócrito, esto y llamar, cual tú lo hiciste, a las doctrinas de la comunión tradicionalista verdadera *utopia*, en que sólo cree el infantil candor de algunas gentes, bajo la palabra del primer charlatan que las embaucó, para explotarlas, viene a ser la misma cosa. Es, por tanto, ocasión de que con la risa, que tu nombre simboliza en el mundo de las letras, vaya a chocar el llanto, que este pobre Heráclito representa por la triste ley de su historia. Suelta, pues, Demócrito la risa de loco; que Heráclito está dispuesto a verter el llanto de compasión, que inspiran los que le obligan a descubrir desde su origen el embrollo funesto, que motiva la situación deplorable, que está atravesando la causa católica en España, y le fuerzan a señalar los católicos que no ven ni oyen y a defender los jefes que por dicha nuestra vienen desde remotos tiempos impidiendo que las honradas masas sigan a esos católicos, para librarlos de traidores, apóstatas, masones y mestizos.

Pero el origen del embrollo no está tan cerca como el conde quiere ponerlo ahora, haciéndolo consistir en que D. Cándido Nocedal, cuando se dirige al Papa, no se atreve a usar la ante-firma de jefe delegado de la comunión tradicionalista; ni tan lejos como *La Unión* lo puso otras veces, remontándose al advenimiento de la dinastía de Borbon al trono de España. ¿Cómo ha de estarlo, si la comunión tradicionalista nació, ha vivido y vive al amparo de la Iglesia, y en Felipe V nadie ve con razón el tronco de la monarquía liberal de nuestros tiempos?

No quiero decir con esto que en lo de la ante-firma no haya un embrollo pueril, de esos que constituyen la idiocrecia del conde, que por lo visto desconoce lo que nadie en España ignora; mas es lo cierto que quien sostenga que la firma estampada en un documento religioso o político por D. Cándido Nocedal, no indica desde luego empresa del tradicionalismo, capaz será de creer que el título de conde de Canga-Argüelles no significa el triunfo de las ideas desamortizadoras, y el del marqués de Pidal la victoria del liberalismo doctrinario.

La causa tradicionalista tiene tanto derecho a la propiedad del nombre del Sr. Nocedal, a quien dispensa suprema confianza y participación en sus penas, únicos dones con que puede premiar la desgracia a sus adictos (pero que las almas honradas saben a lo que obligan); como cuantos figuran en el partido liberal, desde la Unión Católica al pacto sinálgmatico, lo tienen a lo poco, o mucho, que valga quien se envanezca con los títulos de marqués de Pidal o conde de Canga-Argüelles, que para algo instituyó el liberalismo.

¿Lo oyes, Demócrito? Pues escucha otra cosa: si el conde ha querido decir que Roma no conoce partidos, la circular dirigida por el señor Nuncio en 30 de Abril último a los metropolitanos de España, y la declaración que en 21 de Junio hicieron los Prelados de la provincia tarraconense, enseñan por el contrario que la jurisdicción eclesiástica no excluye el cumplimiento de los deberes cristianos hacia la potestad (mientras no sea) que algo contra las leyes de Dios y de su Iglesia, que gobierna, ya sea los pueblos, ya los partidos que por católicos se tienen. Los partidos, si; por que además de que la Enciclica *Quam multa* no condena las legítimas opiniones políticas, no hiere los honestos sentimientos ni pone obstáculos a las legales y pacíficas aspiraciones; y aunque se prescinda de que ante las angustias y paternales amonestaciones dirigidas a los católicos españoles por el Vicario de Jesucristo no hay vencedores ni vencidos, la misma circular reconoce beligerantes políticos, al ordenar que sus preceptos se intimen, a todos, sin distinción de partido. Y eso mismo de-

muestra la declaración de los Prelados de Taragona, asegurando que la Iglesia defiende sus derechos sin atender a los del Estado ni a los de nadie, dando a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, y a cada uno lo que es suyo.

Hurto perpetra en consecuencia quien de la firma de D. Cándido Nocedal, estampada en las preces de la peregrinación fracasada, se atreve a separar la representación del tradicionalismo español, cuya historia de sacrificios y glorias en defensa del altar y el trono permite creer que la justicia que brilla en el Vaticano le abra siempre las puertas, que la caridad no cierra a quien ostenta con orgullo títulos concedidos a la negativa de mantener perpetuamente la Unidad Católica y a la memoria de los precursores del despojo.

El embrollo, Demócrito, busca su origen en otra parte que no es tampoco el advenimiento de la dinastía de Borbon. No olvidó que la insignie Compañía de Jesús tuvo en el campo del pretendiente austriaco la gran figura del Padre Alvaro Díaz de Cienfuegos, más tarde elevado a la sagrada púrpura. ¿Cómo he de olvidarlo, si aprendí en D'Alembert que los jesuitas son la columna macedónica, y la tropa de línea que sigue siempre el estandarte que los impíos llaman de la superstición? Mas una prueba de que el ejército de la Compañía no militó en aquella guerra, es la confianza que siguió inspirando a la dinastía vencedora. Gran defensor de la doctrina teológica de Cienfuegos fué el Padre Rávago, que a pesar de ello ascendió a confesor de Fernando VI. Y como yo creo que si la tropa de línea permaneció en sus cuarteles es porque no vio el estandarte en peligro, de aquí deduzco que en la guerra de sucesión se disputaron afecciones de familia o cuestiones de mejor derecho, pero no doctrinas político-religiosas.

Tu embrollo, y el embrollo del conde, Demócrito agudísimo, tuvo su origen el año de 1754 con la caída de Ensenada, que aspiraba nada menos que a restablecer la opulencia y el antiguo esplendor del dilatado imperio español; y apareció visible en el siguiente con la desgracia del Padre Rávago, despojado del régio confesorio cuando sostenía combate con los masones. El embajador de Inglaterra, como tú regocijado, anunciaba a su gobierno el primero de estos lamentables sucesos, asegurando que no se construirían más navíos, y el segundo añadiendo que la caída del confesor llevaba consigo la de la Orden de jesuitas en masa.

¿Entiendes el juego? Estos dos golpes nos dejaron a merced de franceses, ingleses y masones.

Las lógicas, auxiliadas de mestizos, apóstatas y traidores, vencieron con tan negra ventura, que el Obispo de Cuenca ya en Abril de 1766 afirmaba que España corría a su ruina; que ya no sólo corría, sino volaba; y que ya estaba perdido el reino sin remedio humano; preguntando además con fervoroso celo: ¿qué hace el Padre confesor?

¿Qué hacía el Padre confesor! Pues seguía el valeroso Obispo, estarse cruzado de brazos, sin ver la persecución de la Iglesia, saqueada en sus bienes, ultrajada en sus ministros y atropellada en su inmunidad; pero en la corte nada se ve porque falta la luz, y sin ella corren impunes en Gacetas y Mercurios... «las blasfemias más execrables que vomita el abisino por los enemigos de la Santa Iglesia, sin perdonar a su cabeza visible, no sólo la viva, sino la que vive y reina en la patria celestial...» y circulan libremente algunos papeles públicos que contienen noticias de mucho escándalo, con tratamientos injuriosos a la Santa Sede y al Instituto de la Compañía de Jesús, y poco favorables a otras religiones.

Pero a las observaciones del Obispo, en vez del confesor, contestó el régio penitente, dejando a un lado la cuchilla que afilaba en silencio, para dar a la Compañía el golpe alevé, y diciendo con hipócrita dulzura: «Reverendo en Cristo Padre... de ningún timbre hago más gloria que del de católico; estoy pronto a derramar la sangre de mis venas para mantenerlo.»

Y el Consejo, en vista de todo, resolvió llamar al Prelado para advertirle, y los mestizos, los apóstatas y los traidores clamaron a una: ¡Carlos III piadoso!

Hé aquí descubierta el origen del embrollo. Ríete, Demócrito, mientras vuelve a llorar... HERÁCLITO.

POLÍTICA MENUDA

San Silvestre, despidete de esta.

Y de la conciliación.
Porque ayer domingo, 30 de Diciembre del año que acaba hoy, se acabaron también todas las esperanzas del casamiento liberal.

Associati ogni speranza...

Ni podía suceder otra cosa.
Pero como tratándose de liberales lo más absurdo es siempre lo más lógico, todavía podría suceder que los novios intentaran casarse de nuevo.

Para romperse la crisis mejor.
El fracaso merece dividirse en varios capítulos. Como se hace a continuación.

La labor del sábado.
El *Imparcial* la abrevia en los siguientes términos.

Dice:
«A primera hora la nota dominante en el salón de conferencias era la de que la conciliación estaba hecha, y que el dictamen de contestación al Mensaje iba suscrito por todos los individuos de la comisión parlamentaria, excepción hecha del Sr. Romero Robledo.
«Esto se decía en todos los coros; esto repetían constitucionales, centralistas, conservadores y ministeriales.
«Como en política no se acostumbra perder el tiempo, inmediatamente después de dar por realizada la conciliación, reorganizaron los señores de la actual Gaceta, añadiendo las dimensiones a las Sres. León y Castillo, Gaceta, Sánchez, Sarrailh y Valcarlos, y cambiando para incluirlos a los Sres. León y Castillo, Gaceta, Sánchez, Sarrailh y Valcarlos.
«Mientras circulaban estas fantásticas noticias, la comisión del Mensaje se dedicaba tranquila y reposadamente a la ingrata tarea de zurrir pape-

ros y quitar y poner adverbios y participios. Sin sospechar siquiera que el suprimir un «hoy» o «en la noche» o «legislatura», o «imposiblemente», podrían ser cosas muy interesantes para tres o cuatro docenas de políticos, pero de bien escaso interés para la opinión desasosmada.
«Esta tiene ya formada sobre la cuestión una idea bien cabal».

Y tan cabal.
Pero la opinión, o para hablar con más propiedad, el país, es para los liberales el último monarca. Y tanto caso hacen de él como de las coplas de Calainas.

Verdad es que al país le sucede lo mismo.
Y que por no hacer caso de ellos, campan a sus anchas.

Sigamos adelante.

Añade el *Imparcial*:
«Esto sucedió ayer (el sábado). Izquierdistas y constitucionales llegaron a la comisión animados de propósitos conciliadores.

«Leyóse el dictamen redactado por el Sr. Allende, se tachó lo de «imposiblemente», a ruegos, según cuentan, del Sr. Becerra, y después de mucho discutir y de muchas teorías, llegó el momento de votar, y los izquierdistas votaron en pro y los sagastinos en contra.

«Correspondió el turno al Sr. Capdepont. Da lectura de un papelito. Se pierden otras dos horas en argucias; el autor y el Sr. Cabañaque votan en pro y los otros en contra.

«¿Y qué vamos a hacer ahora?—preguntó uno.
«Convendría enviar ambas fórmulas al gobierno,—contestó otro,—para que las estudie, medite y vea cuál es más de su agrado. Después oírmos al gobierno.

«Los de la comisión a coro.—Aprobado, aprobado.
«Un constitucional.—Convendría invitar al señor Sagasta.

«Un izquierdista.—Que se haga extensiva la invitación a los Sres. Martos y Montero Ríos.
«Constitucional.—No necesito oír la opinión de esos señores. La mía está ya formada.

«Izquierdista.—Pues tampoco necesito oír la del Sr. Sagasta.
«Los individuos de la comisión se separaron sin adelantar una sola línea en sus tareas conciliadoras.

«El Sr. Romero Robledo, testigo mudo de estas escenas, salió de la comisión bañándose en agua de fresas.

«A pesar de mis esfuerzos,—decía con gracejo el ex-ministro conservador,—no he podido conciliarlos.

«La noticia de que no había conciliación ni esperanzas de que la hubiera, produjo en la sala de conferencias extraordinario efecto, pronunciándose bien pronto la opinión en el sentido de que este eterno tejer y destejer, y estas dilaciones, y estas argucias, y estas componendas, ni favorecen a los de la izquierda ni a los fusionistas.

Pues si no favorecen a los de la izquierda ni a los de la derecha, favorecerán al país.

¿Quién sabe!
Es ya casi un axioma que cuando los liberales pierden, el país gana.

Y vengamos al día de ayer.
Los pocos periódicos que se publicaron por la noche encabezaban sus últimas horas con este epígrafe significativo:

RETRUZA DE LA CONCILIACIÓN.
Vemos cómo se verificó este desastre:

«A las tres de la tarde próximamente (dice la *Gaceta*), se ha reunido la comisión del Mensaje en el Congreso, con el presidente del gobierno, Sr. Posada Herrera, y los ministros de la Guerra y de Gobernación, Sres. López Domínguez y Moré.

«La atmósfera del salón de conferencias era, en general, de conciliación.

«El Sr. Becerra, en sus breves palabras que cambió con algunos de sus amigos, se expresó en los términos de avenencia que mantiene con firme convicción.

«El Sr. Sagasta ha permanecido toda la tarde en el despacho de la presidencia, esperando el resultado de las deliberaciones de la comisión.

Se salió con la suya.
Dijo que habían de ser tijeretas, y no asistió a la reunión.

Hay ya pocos liberales que se mantengan tan tiesos cuando dan una palabra.

La letra de la música que sigue es de *El Imparcial*.

Que dice:
«Comenzó la sesión dando lectura el Sr. Posada de una fórmula redactada por el gobierno, en vista de las que el día anterior le fueron entregadas por el Sr. Becerra.

«Esta fórmula, según informes dignos para nosotros de crédito, decía lo siguiente:
«El Congreso de los diputados discutirá ampliamente y votará las reformas que el gobierno ha de presentar, como la que anuncia en la presente legislación sobre universalización del sufragio, que ofrecen al propio tiempo equitativa representación a todos los intereses sociales.

«De esta suerte, cuando constitucionalmente se considere terminada la misión que el país nos confió, el gobierno actual, si fuera entonces el llamado a presidir las nuevas elecciones, cumpliendo los compromisos que tiene contraídos, y si la opinión publica la reclamase, como en sentir del gobierno la reclama hoy, presentará a las nuevas Cortes un proyecto de revisión constitucional encaminado a terminar las diferencias políticas entre los partidos, sin abrir período constituyente ni poner a discusión nada de cuanto a las instituciones se refiere, para llevar al Código fundamental principios sobre los cuales se ha disputado bastante tiempo, y que todos los que se interesan por la tranquilidad de la patria puedan verlos reconocidos definitivamente en la Constitución del Estado.

«Como a primera vista se desprende, estos párrafos, en los que resalta un gran espíritu conciliador, se inclinan más a la fórmula ideada por el Sr. Capdepont que a la del Sr. Allende.

«Era el último esfuerzo del Gabinete Posada en aras de la conciliación, lema de su bandera.

«El presidente del Consejo apoyó la fórmula leída con frases inspiradas en un elevado sentimiento de concordia. De sus labios brotaron espontáneamente palabras que hacían cumplida justicia a los hombres de la izquierda.

«Estos,—dijo el respetable Sr. Posada,—han correspondido con su espíritu conciliador y prudencia a las esperanzas que en ellos cifrara el país y las que yo abrigué al aceptar de S. M. el encargo de organizar el Gabinete. Ignoro cuál sea la suerte de la política que informa los actos del Gabinete que presido, pero, cualquiera que ella sea, seguirá idéntica con la de la conciliación de los elementos liberales.

«La fórmula del gobierno, tras un simulacro de debate, fué aceptada por la comisión, excepción hecha del Sr. Romero Robledo.

«Pero aquí comienzan las dificultades.

«Santo y muy buena,—dijo uno de los individuos de la derecha;—agradecemos Vds. si favoreciera la comisión, poniendo el dedo en la llaga;—pero, ¿qué vamos a contestar si alguien nos pregunta en el salón de sesiones lo de la universalización del sufragio, y lo de la reforma constitucional?

«Por lo pronto callarse,—nuestro contestó otro.
«Después, cuando se presenten los oportunos proyectos de ley, entonces cada cual opinará y votará lo que su conveniencia y compromisos políticos le dicten.

«Esto en buena plata era lo mismo que proponer a la izquierda que aceptase la *partitura* después de haber aceptado la letra.

«La contestación no se hizo esperar. El general López Domínguez declaró en términos bastante explícitos que la palabra universalización del sufragio no significaba otra cosa que el sufragio universal.

«A esta declaración siguió una pausa de diez minutos, pausa que solicitó de la comisión el fiscal del Supremo de modo tan delicado, que mereció de todos grandes elogios.

«El Sr. Capdepont y el Sr. Cabañaque apor-

charon estos diez minutos para consultar con su amigo y jefe el Sr. Sagasta.

«Al regresar los consultantes reanudó el debate, haciéndose general.

«Se aceptaba la letra, no se aceptaba el espíritu de la fórmula ideada, después de todo, en la del Sr. Capdepont.

«El debate se hubiera prolongado hasta Dios sabe cuándo. Por fortuna pudo darse término a él, quedando los Sres. Becerra, Acuña, Allende y Diz Romero en suscribir la fórmula del gobierno, y los Sres. Capdepont y Cabañaque en formular voto particular.

Así terminó el debate; y perdónas tus muchas faltas.

Que son más llevaderas, porque como dice el periódico autor de la reseña, hubo sus cachos de *partitura*.

Y en un *vanderville* se toleran mejor los defectos que en una comedia hablada.

Sigue a este relato el de los méritos contrarios por los conferenciarios en el curso de la discusión de ayer.

Y ¿para qué copiarlo?

En concepto de la mayoría de los periódicos, los individuos de la comisión y del gobierno que tomaron parte en la fiesta estuvieron a grande altura, mostrándose conciliadores, bizarros, gallardos, elocuentes, dignos, templados, sobresalientes...

Y, a pesar de esto, no pareció la conciliación. Con que si se hubieran pegado, figúrense ustedes dónde estaría a estas horas.

Ridículos más.

Como epílogo de la novela anterior, da *El Imparcial* el siguiente:

«Que hoy se reunirá en casa del Sr. Becerra los Sres. Acuña, Allende y Diz Romero para suscribir el dictamen de la mayoría.

«Este es el mismo que leyó el Sr. Posada Herrera, con la única variante de suprimir la frase «en sentir del gobierno» al hablar de la revisión constitucional.

«Los Sres. Capdepont y Cabañaque se reunirán también para redactar el voto particular.

«Es cosa decidida que el Sr. Romero Robledo no presentará el suyo.

«La discusión comenzará el día 4.

«Parecen que incurren en un error los que sostienen que el día 13 ó 14 terminará el debate. Por el contrario, se prolongará, según nuestros informes, algo os días más, pues todo hace creer que al discutirse el Mensaje se provoquen explicaciones sobre la última crisis y sobre los tristísimos sucesos del verano último.

Y si esto sucede, habrá Mensaje para dos ó tres años.

Porque la última crisis, lo de Badajoz y lo del viaje a Alemania ofrecen tela para cortar tantos vestidos, que no se agotará en menos tiempo.

Así queda la cuestión en el último día del año de 1883.

Y el enfermo se pondrá todavía peor en el que empieza mañana.

Cuestión de hermanos y primos.
Dice *El Globo*:

«Nuestro gozo en un pozo. Creíamos que, a fuer de intenciones y caracas, se había vuelto a su país el príncipe Federico Guillermo, teniendo en por sus más caros y predilectos amigos.

«Pero he aquí que los diarios italianos han venido a matar todas nuestras ilusiones.

«Algo nos maliciaban ya desde que supimos aquello de los cuatro oscuros, dados en Roma, cuando en Madrid no se había dado sino uno; mas no presumíamos que la veleidad llegase al último extremo.

«He aquí la contestación telefónica del kronprinz al saludo, también eléctrico, del rey de Italia:

«Tu cariñoso telegrama (tuteo y todo) me emociona verdaderamente; te repito la expresión de mi profundo reconocimiento por la acogida que me habéis dispensado día, la noche, y tu pueblo, durante algunos días, cuyo recuerdo vivirá siempre en mi corazón.

«Dios bendiga a ti y a la Italia, de la que me alejo con vivo pesar, pero con el sentimiento de la mas viva y antigua afección, estrechándote la mano en amistosa sincera.

«Te suplico que saludes afectuosamente a Margarita y a tu hijo, y que creas en el cariño de tu hermano.

«De hermano trata a Humberto. Por algo anunciábamos nosotros que los de acá no pasarían del grado de *primos*...»

Y los mestizos, soñando todavía, soñando con los fecundos resultados de las alianzas luteranas.

Entre hermanos anda el juego.
Entre hermanos de lógica y mandil, por supuesto.

De *El Liberal*:
«Para que el año concluya como empezó, sin que la prensa note que ha habido en el transcurso del mismo un cambio de política, se acordaron ayer unas cuantas denuncias.

«Nuestro pesame a *La Epoca*, a *La Iberia*, a *El Porvenir* y a *El Progreso*, que son—según la prensa de la noche—los estimables colegas denunciados a un conservador, un constitucional, un republicano-progresista y un demócrata dinástico...»

«Las denuncias de ahora son como el maná. ¿Saben a todos los gustos!

«Nuestro pesame a los cuatro periódicos citados.

Hay que añadir algunos más: *La Patria*, *El Correo* y otros que copiaron las alabanzas de *El Progreso*.

Pero no es esto lo más gracioso, sino que *La Iberia*, tomando como sule decirse a la ocasión por los cabellos, supone que el autor de esa petición de aguiñados es D. Cristino, y le pone como cibera.

Entre otras cosas, dice a los suyos, para que se lo comuniquen a él:

«En 1872 sucedía lo mismo: se arrebató *El Combate* de las manos de los vendedores por los agentes de la autoridad, mandando el Sr. Ruiz Zorrilla, y se prebunaba a los autores de artículos como *La loca del Vaticano* y otros de la misma especie.

«Desengáñense los demócratas, para ser monárquicos se necesita serlo, y lo contrario es emprender un camino que podría conducir a tristes resultados si la monarquía no tuviera hoy en España más fuerza y más arraigo de lo que se imaginan los que no quieren acabar de perder los leños que hace poco les unían al Sr. Ruiz Zorrilla ó al Sr. Castelar.

Tiene la palabra D. Cristino para rectificar.

O para guisar a los calamaros con su propia tinta.

Y en otro artículo se ha expresado *La Iberia* sobre el mismo tema, sobre D. Cristino, que es hoy el blanco de todos sus tiros, así:

«Las inspiraciones del Sr. Martos, aun contra su voluntad, van decenas a un fin: a subordinar la monarquía a la constitución, a combatir su obsequio legal de ninguna clase, a exponerla, en una palabra, a las veleidades de un Parlamento como el de 1873, y contra tales propósitos una vez puestos en claro, deben vivir aperechidos todos los monárquicos, y muy especialmente aquellos que, hasta la fecha, han tenido por inspiradores a los que en cualquier tiempo harán imposible toda alianza con nosotros, porque no pueden aliarse sinceramente con la monarquía constitucional y parlamentaria.

Y, con efecto, la alianza ha sido imposible. No con la monarquía, sino con los monárquicos que discurran de semejante manera.

Y después de haber aguantado los derechos individuales salen hoy con la pata de gallo de que no los pueden aguantar.

La pelea va a ser terrible. A espulsozo seco.

Un detalle de la reunión de la comisión del Mensaje en el día del sábado:

«Había terminado el debate, cuando el Sr. Capdepont dijo:

«Mi correligionero, Sr. Cabañaque y yo, creemos que debería ser llamado al seno de la comisión el Sr. Sagasta.—Y añadió:—Y también el señor Posada Herrera, aunque de éste ya tenemos noticia de que no vendrá.

«El Sr. Diz Romero.—Puede venir el Sr. Sagasta, como cualquiera otro diputado, y con algún mayor motivo, como presidente de la Cámara. Pero si en este concepto fuese llamado, propongo que se le cite al propio tiempo para que puedan concurrir los Sres. Martos y Montero Ríos (que opinan a favor del Sr. Capdepont).

«El aludido.—Que a mí no me lleven falta.

«El Sr. Diz.—Ni a mí el Sr. Sagasta.

«Relata refiero.

Cuando se discute el voto de los Sres. Capdepont y Cabañaque, va a ser cosa de avisar a las casas de esmero de todos los distritos para que tengan preparadas lulas y tiras de aglutinante.

Porque va a correr la sangre.

Principio del artículo editorial de hoy de *La Iberia*, intitulado *Hipocresía*:

«La democracia intrínseca ha triunfado de la totalidad de la izquierda; lo habíamos anunciado, lo habíamos presumido, y no nos ha causado la interior sorpresa lo que ayer aconteció en el seno de la comisión de Mensaje.

«La izquierda quiere el planteamiento inmediato del sufragio universal y la reforma constitucional con todas sus consecuencias, y las consecuencias de un período constituyente son incalculables; la izquierda está sometida toda entera a esa democracia incolora que no quiere acabar de reñir con Ruiz Zorrilla, y que halaga todos los días a Castelar.

«El general López Domínguez, convertido repentinamente a los principios democráticos, ha llevado la voz de la intranquilidad al seno de la comisión, y no ha reparado en desautorizar al mismo presidente del Consejo de ministros para mantener allí el pensamiento del Sr. Martos, verdadero autor de esos dos principios que se llaman fundamentales en la izquierda, y que continúan, con efecto, todo lo que pudiera haber de perturbador en los antiguos programas de Biarritz y Lourizán.

El principio no puede ser más romántico. Veamos el fin.

Dice:
«El directorio de la izquierda se ha impuesto a un gobierno que no era de la izquierda ni de la derecha.

«El directorio ha sometido al gobierno entero a sus mandatos, y un gobierno en tal situación, sin autoridad, sin fuerza y sin prestigio, es un elemento de perturbación, de consecuencias funestísimas para la patria.

Y por lo mismo, se hace precisa la vuelta al poder del Sr. Sagasta.

El fin no puede ser más clásico.

Pero el gusto del público no va por esos caminos, y si la tragedia se desenlaza así, le silbará.

Un retoque sobre la reunión de ayer. Le ejecuta *El Globo* así:

«Cabañaque y Capdepont salieron para conferenciar acerca de este punto con el Sr. Sagasta, y después de hablar con éste, se mostraron como hasta entonces: conciliador Capdepont, intrínseco Cabañaque.

«Seguía el debate y no había trazas de encontrar una fórmula, cuando el Sr. Romero Robledo, mitad en serio, mitad en broma, propuso un remedio para poner término a la discusión: el de que se llamara al Sr. Sagasta.

«Esto ya no se puede aguantar,—exclamó impaciente el general López Domínguez.

«Movimiento de asombro entre los conferenciarios.

«El ministro de la Guerra comprendió su hige-reza, retiró sus palabras, y se retiraron también los congregados.

«Resumen: los Sres. Capdepont y Cabañaque formularán voto particular; el Sr. Romero Robledo no presentará el suyo; pero como los fusionistas se encargaron de la defensa de los principios que sustentaba el partido conservador liberal.

«Se dice también que es muy posible que el señor Romero ponga su firma al lado de los señores Capdepont y Cabañaque.

«El Sr. Posada ha demostrado una vez más que lo mismo le da una cosa que otra; el Sr. Moré que no tiene rival en lo de echar una de cal y otra de arena; el Sr. López Domínguez se mostró enérgico y digno; el Sr. Becerra... al cabo se alejó de la mayoría con contentamiento de los buenos libera

